

Número no menor, y por cabellos
 Enmarañadas viboras ostenta.
 De la infernal morada
 Salió esta fiera informe,
 A quien sirve de cola sierpe enorme,
 En torno de sus flancos enredada.

A su vista Reinaldo, á quien no impuso
 Miedo nada jamas, queda confuso.
 Mas fingiendo su audacia acostumbrada,
 Ase con mano trémula su espada.

Ducho el monstruo en el arte de la guerra,
 A darle se dispone fiero asalto,
 Su cola agita en alto,
 Audaz y presto contra el héroe cierra,
 Y, sin descanso hiriéndole, le aterra.
 Aturdido Reinaldo, con su acero
 Golpes á diestra y á siniestra envia;
 Mas herir no consigue á la impia fiera,
 Y por bajo del peto y la visera
 De la horrible serpiente
 La piel húmeda y fria
 Sobre la suya estremecido siente.
 Renunciando á esta empresa,
 Con la espuela al corcel el flanco esmalta;
 Mas la furia infernal á toda priesa
 Yendo tras él sobre su grupa salta.

Por ancha ruta, ó por angosta senda
 Con la bestia á su lado,
 Bien que su curso el héroe no suspenda,
 Ni que la sierpe á la verdad le ofenda,
 Tiembla de horror Reinaldo y de congoja,
 Gime, suspira, y de existir se enoja.

Por la mas triste y mas fragosa via
 Del intrincado bosque corre ansioso,
 Esperando evitar la compañía
 De aquel dragon terrible y espantoso.
 Mas salir de este peligroso paso
 No consiguiera acaso,

Si su fortuna allí no condujera
 A un caballero armado, de quien brilla
 Una coyunda rota en la cimera.
 Su rodela amarilla
 Rojas llamas despide, y en su traje
 Y en el arnes que á su corcel guarnece
 El mismo distintivo resplandece.

Su lanza lleva en ristre, á su costado
 La espada, y del arzon, segun costumbre,
 Pende una férrea maza,
 A cuya ardiente é inextinguible lumbre
 Yelmo no hay ni coraza
 Que pueda resistir. Abrirse debe
 Camino, pues, por donde quier que lleve
 El paso este guerrero,

Que llegar mas á punto no podia
 A dar socorro al paladin. Lijero
 Y animoso hácia el sitio se dirige
 Donde escucha el rumor, y donde advierte
 Al paladin, á quien el monstruo aflige
 Con su presencia mas que con la muerte.

Miéntas Reinaldo á su contacto frio
 Suda á un tiempo y tiritita, el caballero
 Sobre el costado izquierdo al monstruo fiero
 Derriba acometiéndole con brio.
 Enroscando su cola

Torna el dragon á alzarse sin tardanza;
 Mas en esto el incógnito su lanza
 Suelta, la maza ignifera enarbola,
 Y con ella avanzando, le amenaza,
 Le hiere, le contiene, ó le rechaza.

Luego á Reinaldo acércase, y le anima
 A emprender el camino
 Que del monte conduce á la alta cima,
 Útil el héroe este consejo estima,
 Y sin volver la frente
 Se aleja y diligente
 Camina, hasta que toca

No sin esfuerzos lo alto de la roca.
 El caballero, cuyo brazo fuerte
 Sumió de nuevo al monstruo en el abismo,
 Do exhala su furor contra sí mismo
 Do exhala su furor contra sí mismo
 Y llanto amargo por mil ojos vierte,
 Por servir al de Amon de escolta y guía
 Vuela á su encuentro, y en llegar no tarda
 A do su auxilio el paladin aguarda
 Para salir de aquella selva umbria.

Al verle retornar Reinaldo, lleno
 De gratitud á un tiempo y de alegría,
 La vida que le debe, á su servicio
 Le ofrece consagrar desde este dia.
 Saber luego queriendo
 A quien debió favor tan estupendo,
 Su nombre le pregunta, con intento
 De proclamar su generoso brio
 Ante Carlos y todo el campamento.

« Extraño, » dice el caballero, « acaso
 « Hallarás que quien soy no te confio
 « Agora aquí; mas presto,
 « Antes que el sol de un paso
 « La sombra alargue, lo sabrás. » En esto
 Llegan juntos al borde de una fuente,
 Cuyo dulce sonido,
 Al pastor y al viajero en su corriente
 Brinda á beber las ondas del olvido.

Este, señor, es el raudal de hielo
 Que la pasion apaga mas violenta,
 Cuya linfa de Angélica el desvelo
 Calmando por Reinaldo, nacer hizo
 El odio que hoy por él experimenta,
 Hoy que él en ella ve su amado hechizo.

Al llegar á aquel sitio el caballero
 Que con Reinaldo viene,
 Sediento y fatigado, se detiene,
 Y dice así: « Paréceme oportuno
 Aquí tomar un rato de reposo. » —

— « Inconveniente alguno
 « En ello, » dice el paladin, « no veo;
 « Pues á mas que el calor es horroroso,
 « Molidos de la lid mis miembros hallo,
 « Y, cual tú, un rato descansar deseo. »

Desciende cada cual de su caballo,
 Y dejándolo libre en la floresta,
 El yelmo se deslaza. Estimulado
 Reinaldo por la sed que le molesta,
 Hacia el arroyo corre, y en su helado
 Licor un sorbo bebe,
 Que el volcan de su pecho apaga en breve.

No bien su compañero alzar le vido,
 Húmeda aun de aquel licor la boca,
 Abjura pesaroso, arrepentido,
 De su antigua pasion la furia loca:
 En pié se puso y con semblante fiero,
 « Agora, » dice, « revelarte quiero
 « Lo que ántes descubrirte no me plugo;
 « Mi nombre es el Desden, y aquí tan solo
 « Por romper viene tu oprobioso yugo. »

Asi diciendo, sin dejar vestigio
 De sí ni del corcel, desaparece.
 « ¿Dónde está? » grita el jóven, á quien pasma
 Este tan nuevo y singular prodigio,
 Y ora piensa que ser puede un fantasma,
 De Malgesí satélite, mandado
 A romper la cadena
 Que tanto tiempo remolcó con pena,
 Ora que, de su estado
 Compadecida la bondad celeste,
 Por servirle de guía,
 Cual á Tobías, de la excelsa hueste
 A algun arcángel á su encuentro envia.

Mas, ángel ó demonio, ó quien quier sea
 El que la libertad de que disfruta
 A Reinaldo volvió, digno es por cierto
 De las gracias que aqueste le tributa.

Presto su error, trocándose en desprecio,
Ver le deja cuan necio
Anduvo en recorrer, sin paz ni tregua,
El mundo tras la infiel, que no merece
Se camine tras ella media legua.

A Sericania, empero, su camino
Tras del raptor de su corcel dirige,
Ora porque su honor así lo exige,
Ya porque así con Carlos lo convino.
Al nuevo sol, llegando á Basilea,
Oye en público hablar de la pelea
Que contra el rey Gradaso y Agramante
Trabar debía el principe de Anglante.

Esta nueva escuchando,
Que de Sicilia vino, en su alma siente
El de Amon no encontrarse con Orlando,
Y de diez en diez millas, impaciente,
Mudando de caballos, corre, vuela,
Pasa en Constanza el Rin; llega á la falda
De los Alpes; transpónelos, y pisa
El suelo verones. Mantua á su espalda
Deja, y el Po traspasa á toda prisa.

Declinando iba el sol hácia el Ocaso,
Y el nocturno fanal aparecia,
Cuando Reinaldo, deteniendo el paso,
Y meditando si seguir debía
Su viaje, ó retardarlo hasta otro dia,
Hácia él venir á un caballero mira
Cuyo noble ademan bondad respira.

Despues de saludarle afable aqueste,
Si está casado al paladin pregunta.
Casado estoy, respóndele Reinaldo;
Mas como gran sorpresa manifieste
De tal pregunta el héroe, « ¡qué me place! »
Dice el otro, y despues de breve pausa
« De tal curiosidad saber la causa
« Podrás, » prosigue, « si venir te agrada
« A pasar esta noche á mi morada,

« Y á enterarte de cosas que conviene
« Saber á todo aquel que esposa tiene. »
Reinaldo, ora que, exhausto de fatiga,
Placer encuentre en descansar un rato,
Ora el impulso siga

Por cuanto es novelesco, en su alma innato,
Del caballero acepta la propuesta,
Y sus pisadas á seguir se apresta.

La calzada dejando, á breve espacio
De allí miran alzarse un gran palacio,
Do con hachas, que esparcen viva lumbre,
Aguarda numerosa servidumbre.
Entra Reinaldo, y esparciendo en torno
Ávidos ojos va, maravillado
Del suntuoso edificio y el rico adorno,
Digno de un opulento potentado.

En el umbral de jaspes resplandecen
Pilastras, recamadas de esculturas,
Y en sus puertas de bronce mil figuras
Se ven que andar y respirar parecen.
Éntrase por el pórtico, adornado
De mosaicos de insólita valia,
En un patio cuadrado,
Del cual se extiende inmensa galeria
De cien brazas de largo á cada lado.

Su puerta cada estancia
Tiene, y delante de su puerta su arco.
De ornamentos su artifice no parco,
La extension iguala, no la elegancia
De cada habitacion. Cada arco entrada
Da al piso superior por una cuesta,
Que subir puede acémila cargada.
Apoyado cada uno en dos columnas
De metal ó de piedras de colores.
Los arcos superiores,
A modo de balcon, sobre las puertas
Avanzando, las tienen encubiertas.
Largo fuera narrar cuanto distinto

Adorno aquella hermosa estancia encierra,
No solo en su recinto,
Sino hasta en las entrañas de la tierra.

Las columnas, los áureos capiteles
Sosten de los magníficos estrados,
Los espléndidos mármoles, labrados
Por doctas manos y hábiles cinceles.
Tanta belleza, en fin, tanto tesoro,
Prueban (bien que es de noche) que tan rara
Fábrica apénas á elevar bastara
De dos monarcas juntos todo el oro.

Entre tantos artísticos productos
Fresca y límpida fuente allí se via,
Que por varios conductos
Sus abundantes aguas esparcia.
En torno de esta fuente, á igual distancia
De las cuatro portadas de esta estancia,
Mesas los pajes colocado habian,
De do los convidados
Ver y ser vistos por do quier podian.

En pabellon octágono se eleva,
En torno suyo derramando sombra,
Esta graciosa fuente, insigne prueba
De un gusto y de un primor que al mundo asombra.
De oro de mil colores esmaltado,
Brilla el soberbio techo artesonado,
Sobre el izquierdo brazo sostenido
De ocho estatuas de pórfido bruñido.

Bajo aspecto y ropaje femenino
Ricamente adornadas todas ellas,
Muéstranse allí diversamente bellas.
En su derecha puso á cada dama
El artífice un cuerno de Amaltea,
De do el agua, que armónica gotea,
En copa alabastrina se derrama.
Y á cada cual de pedestal servia
Grupo de dos figuras mas pequeñas
Que en su faz dejan ver, por claras señas,

El placer que les causa la armonía.
Su gesto, su expresion y su postura
Revelan el ardor que las anima
Por cantar la virtud y la hermosura
De las altas imágenes que encima
De sus hombros descansan, y en su diestra
Cada una un grande manuscrito muestra,
Do estan de las figuras superiores
Consignados los títulos y honores.

Tambien de allí no léjos
Sus propios nombres fúlgidos se ostentan.
De las hachas Reinaldo á los reflejos,
Observa ya á las damas, ya á los hombres,
A quienes las estatuas representan.

El primero que advierte entre estos nombres
Es del tronco de Borja una Lucrecia,
Cuyo recató en mas que el de la antigua,
Roma, su patria, estupefacta aprecia.
Los dos, dice el escrito, que de tanta
Gloria han querido sostener el peso
Son Hércules Estroza y Tebaldeo,
Émulo uno de Lino, otro de Orfeo.

No ménos, por sus méritos, preclara
Es la segunda estatua, en que se lee:
Isabel, hija de Hércules. Ferrara,
Mas que todos los bienes que posee
Y que cuantos propicia la fortuna
Debe otorgarle, estimará haber sido
De esta noble señora patria y cuna.

De los dos que con canto esclarecido
Debe mas tarde eternizar su fama,
Juan Jacobo Calandria uno se llama,
El otro Bardelon. En el tercero,
Y en el cuarto paraje
Por do mansas las ondas se deslizan,
Dos princesas se ven, que rivalizan
En virtud, en belleza y en linaje;
Llámase una Isabel, otra Eleonora.

Y por cuanto en el mármol se descifra,
Mantua, su patria, que en Maron hasta ora
Su orgullo todo cifra,
Dividirá su admiracion entre esas
Dos ilustres princesas,
De las cuales la planta aquella pone
Sobre Bembo y Jacobo Sadoletto,
Y aquesta sobre Arelio y Castiglione.

Tales nombres el mármol descubria,
Entonce ignotos, célebres hoy día.

Vase despues á aquella á quien el cielo
Para ser so la púrpura un modelo
De virtudes señala,
En la buena fortuna y en la mala.

En áureos caracteres la declara
Por Lucrecia Bentivoglio el escrito,
Y añade que, con júbilo infinito,
Hija la llama el duque de Ferrara.
De esta, con dulce y elegante estilo,
Cantarán las virtudes un Camilo,
A quien Felsina y Rin oirán atentos,
Cual escuchar de su pastor solia
Anfrisio los armónicos acentos;
Y otro, por quien, muy mas que por el oro
Que en sus senos encierra,

Desde las playas de India á las del moro
Y desde el austro á la hiperbórea tierra,
Perpetuo nombre adquirirá la zona,
Do lanza al mar sus ondas el Isauro.

Guido Póstumo es este, á quien corona
De Pálas y de Febo el doble lauro.

Diana viene despues. — No, no os asombre, —
Dice el escrito, — su imponente gesto,
Que ménos bella no será por esto
De faz ni corazon. Su ilustre nombre,
Con trompeta sonora,
Del confin del Ocaso al de la Aurora
Proclamarán un Celio Calcagnino,

Y el gran Marco Caballo, que en Ancona
Hará brotar un manantial divino,
Cual el que hizo el aligero Pegaso
Brotar del Helicon ó del Parnaso.

Cerca de alli la frente alza en seguida
Beatriz, de quien se advierte en la leyenda,
Feliz haciendo á su consorte en vida,
Muerta, lo sume en afliccion horrenda,
Y de gloria y ventura á Italia priva
De vencedora haciéndola cautiva.

Un señor de Canegio y Timoteo,
Honor de la familia Bendedeo,
Cantarán de estas damas las virtudes;
Y embelesado al son de sus laudes,
Su curso el rio detendrá que un día
Ambas en sus arenas envolvía.

Entre esta y la de Borja se levanta
En femenina forma otra columna,
De tan sublime aspecto y gracia tanta,
Que, en negro traje, bajo simple velo,
Sin perlas, ni oro, ni aderezo, bella
Aparece, no ménos que en el cielo
Cabe otros astros la Ciprina estrella.

Atento contemplándola de cerca,
Cual prenda preferir ninguno sabe,
Que con su ingenio y su cordura alterca
Su faz bella á la par que honesta y grave.
Celebrar dignamente á esta princesa
Es, dice el mármol, temeraria empresa.

Bien que gracia y dulzura
Su gesto revelase,
Desden mostraba al ver que la figura
Que le sirve de base,
Sola, no sé porqué, cantar osase
Con tan mediana voz tanta hermosura.
Estos son los dos nombres que el artista
Olvidó de esculpir en su áurea lista.

Un circulo describe

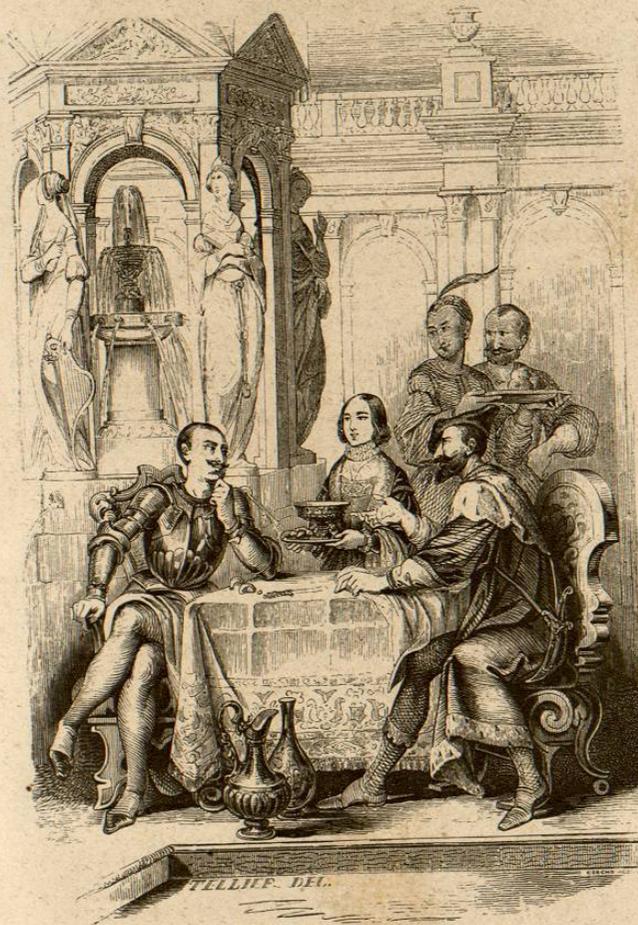
Esta serie de estatuas , y un estrado ,
De coral empedrado ,
Forma , delante al cual hay un aljibe.
Las ondas este limpidas recibe
Del manantial , que en hilos se desliza
Sobre la alfombra azul , verde y pajiza.

Asentado á la mesa ,
El héroe recordaba
De cuando en cuando al huésped su promesa ,
Y atónito observaba
En él oculto afan , á cuyos tiros
Exhalaba del pecho hondos suspiros.

Mas de una vez , de esta punzante pena
Saber la causa el paladin pretende ;
Mas modestia cortes su voz suspende ,
Y su curiosa admiracion refrena.

Terminada la cena ,
Sobre la mesa un vaso de oro fino ,
En su exterior de perlas recamado ,
Y lleno dentro de exquisito vino ,
Pone un doncel. En esto
Alza la vista el huésped , y algun tanto
Disfrazando el afan que da á su gesto ,
Magüer su risa , la expresion del llanto ,
« Venida , » dice , « la hora ya contemplo
« De calmar la impaciencia que te acosa ,
« Poniendo ante tus ojos un ejemplo
« Que debe conocer quien tiene esposa.

« De esta todo casado
« La conducta y efecto deberia
« Atento vigilar de noche y dia ,
« Y averiguar si de hombre ,
« O bien de otro animal , merece el nombre.
« Bien que infame , la carga que en la frente
« Lleva tanto marido , es tan lijera ,
« Que el público la ve y él no la siente.
« Si sabes que sincera
« Y fiel es tu mujer , para estimalla



La copa encantada. (T. II, p. 398)

« Mas motivo tendrás, que el que á la suya
« Ingrata ó criminal supone ó halla.
« No falta, empero, quien injusto arguya
« En sus zelos de infiel á la que es casta,
« Y mas de uno se ve que ufano ostenta,
« Sin nada recelar, su cornamenta.
« Si fiel y pura á tu mujer supones,
« Cual es probable y natural, á ménos
« Que tengas de dudarle altas razones,
« Bebiendo en esta copa
« Conocerás si yerras ó si aciertas,
« Y si vanas ó no son mis ofertas.
« Efecto peregrino
« Tú mismo en breve probarás. Si acaso
« De Cornuelles toca
« Pesa en tu frente, por tu pecho el vino
« Se escapará mal grado de tu boca;
« De lo contrario, apurarás el vaso.
« La prueba pues decida de tu suerte. »

Así diciendo, el huésped se prepara
Atento á ver si el líquido se vierte.

De conocer el jóven impaciente
Lo que quizás mas tarde le pesara,
El vaso á coger va; mas de repente,
Pensando cuan expuesta
Puede ser su experiencia, se detiene.
En el canto que viene
Os diré su conducta y su respuesta.